

IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2017.

En torno de la inasibilidad de la interpretación.

Mazzuca, Santiago Andrés.

Cita:

Mazzuca, Santiago Andrés (2017). *En torno de la inasibilidad de la interpretación. IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-067/935>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eRer/ENM>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EN TORNO DE LA INASIBILIDAD DE LA INTERPRETACIÓN

Mazzuca, Santiago Andrés

Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

Este trabajo parte de la dificultad para captar en la teoría la naturaleza de la práctica de la interpretación en el psicoanálisis. Luego comenta algunos avatares de dicha concepción en la enseñanza de Lacan. Concluye con algunos interrogantes sobre el destino de esta noción en el final de esa enseñanza.

Palabras clave

Interpretación, Lacan, Decir, Sentido, Letra, Otro

ABSTRACT

AROUND THE ELUSIVENESS OF INTERPRETATION

This work starts from the difficulty to grasp the nature of the practice of interpretation in psychoanalysis into a theory. Then it comments on some of the avatars of this conception in Lacan's teaching. It concludes with some questions about the fate of this notion at the end of that teaching.

Key words

Interpretation, Lacan, Speaking, Sense, Letter, Other

El psicoanálisis es una práctica interpretativa desde antes de su nacimiento.

El tratamiento inventado por Anna O. con Breuer de los síntomas conversivos mediante un relato que los pone en relación con las ocasiones en que se generaron y las circunstancias humanas que se articulan con ellas ya es una práctica de interpretación. Eso no significa que esté plenamente esclarecida. Incluso es legítimo plantear la pregunta respecto de si es posible que lo sea. Ante todo es una práctica, y la interpretación se encuentra allí, antes que como saber, puesta en acto.

Sin ninguna duda, esa práctica se acompaña, y hasta cierto punto se sostiene, también desde el principio, de ciertas concepciones. Si el psicoanálisis no es ni fue nunca un esoterismo, es porque su práctica se entrama con esas concepciones.

Pero esas concepciones, ¿acaso atacan a fondo el corazón de la práctica interpretativa?

Las concepciones freudianas iniciales (por ejemplo, en los estudios sobre la histeria o las neuropsicosis de defensa), ya impactantemente ricas, complejas, novedosas y audaces, se refieren de principio a los mecanismos de formación de los síntomas (o sea, lo que se interpreta). Esto parece natural, puesto que la interpretación de los síntomas va de la mano de una concepción sobre ellos. La naturaleza de la interpretación en sí misma, en cambio, no es objeto de una similar intensidad de interés, interrogación, análisis o elucidación. Al principio, desde la perspectiva del monto de afecto y la abreacción, simplemente se adopta la idea de que la palabra habla (aunque a veces Freud se refiere incluso más ampliamente a un

“trabajo de pensamiento”) constituye una vía alternativa suficiente de tramitación para ese afecto que estrangulado resultaba patógeno. Luego, desde la perspectiva del conflicto, se entiende que la interpretación invitará al paciente a revisar su posición respecto de lo reprimido... pero en definitiva se concibe el conflicto como previo, con una estructura propia y que trasciende a la interpretación en sí. Sin duda, en la prosecución de la obra de Freud habrá ocasiones en que se ocupe más detenidamente de la cuestión de la interpretación, su manejo técnico, sus condiciones, sus límites. No vamos a detenernos a examinarlas aquí. Pero podemos considerar que en conjunto comparten una misma perspectiva desde la cual aquello que es el asunto de la interpretación es algo que la preexiste, es decir que no surge con ella. Aún la noción de construcción apunta a suplir o completar lo que el trabajo de rememoración no puede alcanzar... pero suponiendo que forma parte de la misma naturaleza de lo que debe ser rememorado.

Parece haber así un desequilibrio en cuanto a la elaboración freudiana de aquellas dos dimensiones clínicas (síntoma e interpretación), que constituyen sin embargo una misma experiencia.

El psicoanálisis freudiano es una práctica de la interpretación, pero es una teoría del síntoma. La interpretación es la puesta en acto de esa teoría del síntoma. Pero al mismo tiempo, escapa a su propia conceptualización.

Tal vez podamos situar ese clivaje en la brecha entre los enunciados y la enunciación.

Desde esta perspectiva, *lo que se dice* en las intervenciones freudianas se ordena por su teoría del síntoma¹ y la vehiculiza. Pero el hecho de *que se lo diga* es lo que constituye propiamente hablando la interpretación. De este modo, lo que queda sin elucidar en Freud es el hiato irreductible entre el saber constituido por lo que se aprende del síntoma, y el acto de enunciación a cuyo través el sujeto se pone en relación con ese saber.

Ese hiato (o esa omisión) se denuncia en lo que resiste como opacidad al saber sobre el síntoma. El ombligo del sueño, lo reprimido primordial... .

Pero es en la transferencia donde se impone su retorno en la experiencia.

La transferencia es el retorno de lo no elucidado de la interpretación. Es el redireccionamiento desde lo que se dice sobre el síntoma hacia el hecho de que se lo diga.

En términos coloquiales: El psicoanálisis consiste en una conversación sobre las cosas importantes y delicadas de la vida. Al principio, lo razonable es suponer que lo que importa es lo que se dice y se aprende sobre esas cosas de la vida. Pero en la prosecución de la experiencia analítica, la “conversación” adopta una forma absolutamente extraña, inaudita antes de la invención freudiana. A su

través, el centro de gravedad de la experiencia se desplaza desde las cosas de las que se habla al hecho mismo de hablar de ellas. Algo reside allí, algo se aprende en ello e incluso algo nuevo surge de allí. La transformación más profunda que la experiencia analítica produce en un sujeto proviene de ese encuentro con el acto de decir en su pureza, más que de las cosas que se diga.

A diferencia de Freud, la enseñanza de Lacan parece proponerse desde su comienzo el acto de interpretación como uno de los objetos fundamentales de su esfuerzo conceptual. Así, subraya como fundamental el hecho de que la práctica analítica es una experiencia de palabra, e interroga con toda la fuerza de que es capaz *qué quiere decir hablar*. Pero las respuestas que va produciendo son muy diversas.

En el principio, hay una especie de evangelio lacaniano sobre la palabra plena. (Podemos ubicarlo en los dos primeros seminarios de lo que Lacan mismo definió como su enseñanza propiamente dicha.) La palabra plena es creadora. Creadora en el sentido más radical, es decir, creadora de ser. En ella, el sujeto se funda y se realiza. Por eso el fin del análisis es el advenimiento del ser del sujeto (Lacan 1953-54, por ej. p.339). A ese evangelio, Lacan lo pone en su lugar cuando comenta "Función y campo..." para su inclusión en los Escritos del '66: una pizca de entusiasmo alcanza para fechar un escrito, en el sentido lamentable. A lamentarlo para el discurso de Roma... (Lacan 1966, p.219).

Luego viene el importantísimo viraje de palabra al lenguaje, producido en la segunda mitad de la década del '50. La causa del viraje no está en el lenguaje, sino en la palabra. Más puntualmente: en la decepción lacaniana respecto de la palabra plena. Lacan descubre en esa experiencia de palabra que, en definitiva, su querida palabra plena es *imposible* (Lacan 1954-55, p.367 y Lacan 1955-56, p.413). Se localiza en ese momento algo que, más que ser objeto de conceptualización, *ocurre* en la enseñanza de Lacan. Lacan se confronta con el imposible interno a esa experiencia de palabra y cambia su posición respecto de ello. Es imposible que el ser se realice plenamente en la palabra. Es el hiato irreductible entre el deseo (el ser, en falta) y la demanda (el significante). Es el fundamento de la división subjetiva. Podemos decir que esta confrontación es la que está en la base de la consiguiente subversión del sujeto emprendida por Lacan, y también el motor y el fundamento del conjunto de los esfuerzos de conceptualización que realiza a lo largo de su enseñanza posterior, consagrada a elaborar ese acontecimiento interno a sí misma.

Luego vienen entonces los intentos de conceptualización de esa imposibilidad. Diversos. Son distintas versiones lacanianas de la "castración" (en aquél sentido estructural: imposibilidad de decir el ser en el significante).

De entrada, se culpa al significante. Es el significante con su estructura vacía, carente de esencia, el que vacía o desnaturaliza la palabra, volviéndola imposible.

La experiencia analítica consistirá ahora en la confrontación del sujeto con esa imposibilidad y en su reposicionamiento respecto de ella. (Menudo cambio: el fin del análisis no es ahora la realización del ser sino la asunción de su imposibilidad... o al menos de su imposibilidad si pretende fundarse en un significante que cumpla

función de garantía.)

El primer pilar que Lacan delimita para dicha confrontación es el falo. (Podemos ubicar el inicio de esta conceptualización en el *Seminario 3*, pero se asienta en los seminarios posteriores y en varios escritos correlativos bien clásicos de ese período.) El falo se convierte en el signo del deseo, o sea, el "significante" que inscribe la imposibilidad de realizar el ser a través del significante. Lacan retoma así la concepción freudiana del falo y de la castración, pero en una operación de lectura brutal y fenomenal. La castración no es la amenaza imaginaria que se presenta en primer plano en la concepción freudiana, sino la operación simbólica de la inscripción de esa imposibilidad de realizar el ser a través del significante -imposibilidad que se inscribe en clave sexual, y por ello recibe el nombre (a nivel del inconsciente mismo) de *castración*. (Lo impactante de esta operación de lectura es que, una vez hecha, se la ve dibujarse en Freud mismo, iluminando de modo irrefutable una cantidad de elementos y cuestiones de su pensamiento.)

Lacan discute entonces con sus interlocutores ("posfreudianos") y les reprocha interpretar el falo en esa dimensión imaginaria (fijada en la relación con un semejante, *a*) en lugar de darle su alcance simbólico, como significante del deseo. El análisis apuntará entonces a la asunción de esta "castración" (Lacan 1957-58).

Pero en pocos años (más precisamente, a partir del *Seminario 9*), Lacan cambia de apoyo para esta operación del análisis que consiste en la confrontación con la imposibilidad de decir el ser. No se tratará del falo (o no sólo), sino del objeto *a*. Ese objeto será el principio de separación respecto del ideal, es decir, del significante que pretende decir el ser.

La interpretación apuntará ahora al recorte de este objeto, cuya caída constituirá el final del análisis. Pero su prenda no será tanto ese objeto en sí mismo, sino lo que queda al descubierto con esa caída. (Por su parte, el síntoma comienza aquí a ser considerado como goce. Pero convendría tener en cuenta a su vez la función del goce según esta concepción del objeto; o sea: soportar la distancia entre el ser y el significante.)

Unos años después (podemos ubicar este nuevo viraje a partir del *Seminario 18*), será la letra la que tome el relevo. (Primero el falo, segundo el objeto, tercera la letra.) Paradójicamente, Lacan situará ahora en el significante mismo el pilar que permitirá al sujeto la operación de inscribir la imposibilidad de que el significante aprese su ser. Para ser más precisos, el pilar no es realmente un significante, sino una letra. La letra inscribe el hiato entre el significante y el ser. La letra es una precisión respecto del significante. Lo simbólico, en principio el significante, se define por la ausencia. Pero podemos decir que esta ausencia tiene dos vertientes distintas. Está la primera, saussureana: lo único que define el valor de un significante es la ausencia de todos los otros. (Si en lugar de cada letra positiva de una frase, se escribe en su casillero la aclaración de todas las letras que *no* ocupan ese lugar, el mensaje significativo se transmite sin pérdida. Lo que especifica a un significante en un sistema de oposiciones es la ausencia de todos los otros que podrían haber ocupado su lugar, y nada más. En esto, el significante es articulación: la presencia de uno es estrictamente equivalente a la presencia de la ausencia de todos los otros).

Pero hay otra vertiente de la ausencia. Esta se sitúa en la relación

del significante, no con los otros significantes, sino con el ser. El significante ausenta el ser (es decir, ausenta las cosas de la vida, todo aquello que se supone que debería representar, cuando en verdad lo que hace es usurpar su lugar y vaciarlo, negativizarlo). En esto, el significante no es articulación sino, más bien, corte. Podríamos decir que es el primer efecto del lenguaje. (El anterior, la articulación, sería el segundo). Pero cuando el significante inscribe este borde entre el significante y el ser, tiene función de letra -en los términos de Lacan se trata del litoral entre el saber y la verdad, o entre el saber y el goce (Lacan 1971).

Esta concepción de la función de la letra (enunciada claramente en el *Seminario 18* y en el escrito que Lacan le dedica y cuya lectura constituye una de esas clases: *Liturierra*), se sustenta en un conjunto de profundas transformaciones o innovaciones que Lacan va decantando en ese momento de su enseñanza. No vamos a reseñarla aquí. Podemos evocar el pasaje de la estructura simbólica a los tres registros como estructura del ser hablante, del axioma: el inconsciente está estructurado como un lenguaje, al axioma: hay Uno, del significante articulado a la letra, y del lenguaje a "langua", del nombre del padre al padre del nombre... Hay también, de modo muy correlativo, una suerte de segunda vuelta o retorno sobre la palabra, pero retomada ahora bajo la forma de un decir.

La interpretación se orientará entonces según esta función de la letra. La dimensión de la lectura, aunque presente desde mucho antes, es revalorizada ahora como operación fundamental del análisis. El síntoma mismo será redefinido por Lacan como goce de una letra extraída del inconsciente (Lacan 1974-75), e incluso el final del análisis es reformulado tentativamente en términos de "identificación" con esa letra del síntoma... (Lacan 1976-77).

Algo distinto debe haber en esta tercera versión de la imposibilidad. En el análisis ya no se trata sólo de verificarla, sino especialmente de indagar cómo se las arregla cada ser hablante con ella. Las versiones anteriores de la "castración" operada por el lenguaje sobre el viviente (el falo, el objeto *a*) tienen algo más de típico o universal. La letra, en cambio, soporta la hiancia entre el significante y el ser (quizá en los términos de este momento de la enseñanza convenga decir: entre el significante y lo real), pero soporta también la particular relación de goce que el ser hablante tiene con el significante. Y en esa particular relación de goce que cada quien tiene con el significante, se pone en juego la imposibilidad del significante de decir el ser, pero también la posición del sujeto respecto de esa imposibilidad, y su modo de hacer con ella.

Es esta particular relación la que se va delimitando a través de esa "conversación" extraña que es el análisis, donde cada vez más el centro de gravedad está constituido por la experiencia misma del hablar, del decir.

Si se considera aquella segunda versión de la castración, soportada por el objeto *a*, la concepción de la interpretación que le es correlativa apunta a la operación de corte, caída, destitución. Es una interpretación que se funda en el equívoco, en la medida en que éste pone en cuestión la ordenada articulación entre los significantes.

¿Pero qué modalidad de interpretación corresponde a la tercera versión de la castración, soportada en la letra?

No se trata sólo de la operación "negativa" de destitución, de hora-

dación de la ficción significativa. Se apunta a la delimitación de ese fenómeno elemental del síntoma como letra, y al encuentro de un modo de arreglárselas con él. Es también un modo de retomar la relación entre el significante y lo real.

No resulta fácil situar la concepción de la interpretación actuante en los últimos años de la enseñanza de Lacan. Por diversas razones, entre las cuales puede mencionarse la relativa escasez de referencias a ella, o el hecho de que parece camuflarse bajo la utilización de otros términos, como uno que ya subrayamos: el decir. Sin ninguna duda, el equívoco tiene un papel fundamental en ese decir. Lacan no sólo se explaya al respecto en su escrito "El atolondradicho" (poco antes de iniciar su *Seminario 20*), donde directamente afirma que el decir del análisis procede del hecho de que el inconsciente está sujeto al equívoco, sino que además lo recuerda en múltiples circunstancias a lo largo de los seminarios posteriores. No podría sorprender, considerando que el decir requiere siempre de una distancia mantenida respecto del significante que el equívoco puede justamente soportar. Esto llegará al extremo de redefinir al propio inconsciente en base al equívoco, y eso poniendo en práctica a su vez un particular equívoco, al forjar el título del *Seminario 24* en torno del neologismo translingüístico de *l'une-bévue*.

Pero esta referencia al equívoco no parece suficiente para situar el alcance de la interpretación psicoanalítica. En ella, como en la poesía china, resuena ese vacío que el significante introduce en el ser. Pero al mismo tiempo se pone en juego algo de lo que el ser hablante hace con ese vacío.

Quizá por ello, aún en la escasez de referencias explícitas a la interpretación en el último período de la enseñanza de Lacan, se presentan otros términos que sitúan su naturaleza, entre los cuales se destaca la cuestión del sentido, que es objeto de una notoria reelaboración. Sin duda se lo separa ahora del significante articulado según las leyes del lenguaje (para lo cual Lacan parece reservar más bien el término de significación, que distingue con énfasis del sentido). Y sin duda privilegia la relación de ese sentido con lo real, aunque esta relación no carece de problemas en el propio decir de Lacan, puesto que al mismo tiempo que exige que el efecto de sentido en juego en la interpretación analítica sea real, afirma la exclusión entre lo real y el sentido...

En todo caso, podemos conjeturar que lo que también debe tener una incidencia de primer orden en la concepción y la práctica de la interpretación en ese último Lacan es la noción del Otro que la acompañe.

En este sentido, el viraje que suele ubicarse en torno del *Seminario 20* nos pone ante una encrucijada.

Es cierto que la exploración lacaniana de la hiancia entre el significante y el ser desemboca aquí en una radicalización por la cual parecemos asistir a una suerte de pasaje del Otro al Uno, de una clínica centrada en el deseo, que es siempre deseo del Otro, a una clínica centrada en el goce, que no es nunca goce del Otro. (El pivote de ese pasaje puede situarse en el objeto *a*, que de causa del deseo deviene objeto soporte del goce.) A veces se llega a afirmar que en el lugar de lo que era el Otro con mayúscula, no queda ahora más que ese objeto *a*, soporte de la pulsión. Que en el nivel pulsional no hay Otro, y que el goce es ahora lo primero (J-A. Miller

1995-1996, p. 258). Se podría llegar a creer que en definitiva no subsisten más que el sujeto y su goce, del objeto *a* o de la letra... Y es cierto que lo que parecía sostener el campo del Otro (sobre todo, el lenguaje) resulta objetado, lo cual permite afirmar su inexistencia. ¿Pero es realmente el Otro el que no existe? ¿Y cuál Otro? Puesto que de la enseñanza de Lacan no quedan más que sus significantes, son los lectores quienes deben afrontar la encrucijada. Que Lacan concluya que lo que parecía ser el Otro (quizá convenga decir *lo* Otro) no lo era, no necesariamente debe tomarse en el sentido de una depreciación del Otro. Al contrario, puede ser un modo de volver a tenerlo en cuenta, más allá de lo que eran esas ficciones. Lo cierto es que en el *Seminario 20* no encontramos que Lacan proponga descartar al Otro, sino más bien reacuararlo (Lacan 1972-73, p.52). Podemos recordar además la afirmación lacaniana que sostiene que las pulsiones mismas no son más que un eco en el cuerpo de que hay un decir (Lacan 1975-76, 18). Por tanto, no parece detentar un lugar tan “primero”...

Si el lenguaje no nos comunica con ningún Otro real, será más bien el lenguaje el que no tenga existencia. Una mera suposición, una elucubración de saber... En cambio, el Otro real sí existe y debe ser vuelto a acuñar. Tal vez los desarrollos sobre la letra se orienten a repensar la relación con ese Otro, a través de la relación de goce con los elementos de “lalengua”.

En cualquier caso, y sea lo que fuere la interpretación en psicoanálisis, puede que la posición del practicante respecto de la naturaleza del Otro con quien comparte la experiencia sea uno de sus principales condicionantes.

NOTA

i Mencionamos el síntoma porque resulta lo más simple y directo, pero en definitiva nos referimos al conjunto de sus concepciones psicopatológicas, lo cual incluye por supuesto sus concepciones generales sobre la constitución del “aparato psíquico”, es decir, el ser hablante.

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1895), «Estudios sobre la histeria», en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1980, tomo II.
- Lacan, L. (1953-54), *El Seminario de Jacques Lacan. Libro I: Los escritos técnicos de Freud, 1953-1954*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1988.
- Lacan, L. (1954-55), *El Seminario de Jacques Lacan. Libro II: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica, 1954-1955*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1983.
- Lacan, L. (1955-56), *El Seminario de Jacques Lacan. Libro III: Las psicosis, 1955-1956*, Editorial Paidós, Barcelona, 1984.
- Lacan, L. (1957-58), *El Seminario de Jacques Lacan. Libro V: Las formaciones del inconsciente, 1957-1958*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1999.
- Lacan, L. (1961-62), *Seminario IX, La identificación*, inédito.
- Lacan, L. (1966), «Del sujeto por fin cuestionado», en *Escritos I, Siglo Veintiuno Editores*, Buenos Aires, 1988.
- Lacan, L. (1970-71), *El Seminario de Jacques Lacan. Libro XVIII: De un discurso que no fuese semblante, 1970-1972*, Editorial Paidós, Buenos Aires, xxxx.
- Lacan, L. (1971), «Lituratierra», en *Otros escritos*, Paidós, Buenos Aires, 2012.
- Lacan, L. (1972), «El atolondradicho», en *Otros escritos*, Paidós, Buenos Aires, 2012.
- Lacan, L. (1972-73), *El Seminario de Jacques Lacan. Libro XX: Aun, 1972-1973*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1989.
- Lacan, L. (1974-75), *Seminario XXII, R.S.I.*, inédito.
- Lacan, L. (1975-76), *El Seminario de Jacques Lacan. Libro XXIII: El sinthome, 1975-1976*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2006.
- Lacan, L. (1976-77), *Seminario XXIV, El fracaso de la una equivocación es el amor*, inédito.
- Miller, J-A. (1995-1996), *La fuga del sentido*, Paidós, Buenos Aires, xxxx.